

<https://info.nodo50.org/Recordando-la-Gran-Huelga-de-1842.html>



Recordando la Gran Huelga de 1842

- Noticias - Noticias Destacadas -



Fecha de publicación en línea: Sábado 13 de agosto de 2022

Copyright © Nodo50 - Todos derechos reservados

Este mes se cumplen 180 años del inicio de la Gran Huelga de 1842, la primera huelga general de la historia en un país capitalista. Cientos de miles de trabajadores de Gran Bretaña se unieron en reclamo de mejoras salariales, una jornada laboral más corta y reformas democráticas.

En el verano de 1842, el mundo fue testigo de un acontecimiento trascendental. A partir de agosto, «en un periodo de recesión comercial en el que las masas estaban desempleadas, en el que los recortes salariales se sucedían y los trabajadores hambrientos y sus familias vagaban por las calles», como escribe Mick Jenkins, los trabajadores de toda Gran Bretaña organizaron la primera huelga general de la historia en un país capitalista.

En el norte de Staffordshire, a principios de julio de 1842, los coladores respondieron a las amenazas de reducciones salariales retirando su mano de obra. En palabras de Andreas Malm, los trabajadores lucharon «por aumentos salariales, una jornada laboral de nueve horas y, sobre todo, la Carta como única garantía de ambas cosas». La huelga se extendió a otras regiones mineras y, en medio de su lucha, Malm sugiere que «los trabajadores del carbón en huelga empezaron a considerar la formación de un sindicato nacional como fuerza para defender los salarios y como tropa de choque para la causa cartista más amplia».

En la primera semana de agosto, 800 delegados de las regiones mineras del carbón se reunieron en la ciudad de Halifax, en West Yorkshire. Malm cita un informe del Leeds Times en el que se señala que «era solo una reunión preparatoria, con el fin de asegurar una organización general, antes de una huelga universal... y el poder que estaba en manos de los mineros de detener todas las fábricas, los ferrocarriles, etc., fue insistido por muchos, haciendo de los mineros un cuerpo político muy importante». Los trabajadores del carbón, y los testigos de su actividad, empezaban a reconocer el poder que tenían para detener la economía industrializada de Gran Bretaña. Si se detiene el carbón, se detienen las fábricas.

En medio de la efervescencia de la retirada de mano de obra de los trabajadores del carbón y de las deprimidas circunstancias económicas de la población, los trabajadores del algodón se unieron a la huelga. La chispa inmediata que encendió este polvorín fue una propuesta de recorte salarial del 25% para los trabajadores del algodón en Ashton-under-Lyne y Stalybridge, aunque Mick Jenkins también sugiere que «la oposición a los recortes salariales fue eclipsada por demandas más fundamentales y a largo plazo, sobre todo la demanda de sufragio universal». La huelga se generalizó por un deseo de cambio tanto económico como político.

Medio millón de trabajadores participarían en la Gran Huelga de 1842, que se extendió por lugares tan dispares geográficamente como Dundee y las cuencas carboníferas escocesas, hasta el sur de Gales y Cornualles: 32 condados en total. Como escribe Jenkins, duró el doble que la Huelga General de 1926, aunque es este último acontecimiento el que se ha convertido más fácilmente en parte del folclore del movimiento obrero británico. Sin embargo, al cumplirse este año el 180º aniversario de 1842, el movimiento obrero moderno puede extraer importantes lecciones de su historia.

La denominación de la huelga

La denominación de los acontecimientos de 1842 es fundamental para recordar su importancia. 1842 fue también el año de la segunda petición nacional cartista, un movimiento con el que, como escribe Malcolm Chase en *Chartism*:

A New History, la Huelga General estaba «íntimamente ligada». La Carta del Pueblo establecía seis puntos que constituían sus demandas de reforma democrática: voto secreto para todos los hombres mayores de 21 años, eliminar los requisitos de propiedad para los diputados y que cobren por su trabajo, igualar el tamaño de las circunscripciones y que los parlamentos sean anuales.

Aunque el apoyo al cartismo entre los gremios y los primeros sindicatos de trabajadores no fue unánime, Chase escribe que «fue el cartismo el que proporcionó las herramientas intelectuales con las que los sindicalistas pensaron fuera de los parámetros de sus propios intereses inmediatos». Los cartistas también desempeñaron un papel importante en la organización de la huelga. En la región de Potteries, dos de los principales coladores en huelga eran cartistas; otros trabajaban en las minas, y los cartistas también se dirigieron a los mítines de apoyo a los huelguistas. Sin esperar instrucciones de su organismo nacional, muchos cartistas locales de todo el país se involucraron, y pronto se empezó a exigir la aplicación de la Carta en las resoluciones de huelga aprobadas en reuniones y mítines.

En su libro *Protest and the Politics of Space and Place, 1789-1848*, Katrina Navickas subraya cómo la participación de los cartistas en la Gran Huelga difiere de la «gran fiesta» que habían promovido tres años antes, cuando la convocatoria provino de los propios cartistas; en 1842, «la agitación surgió de los sindicatos, con los cartistas deseosos de utilizar su poder con fines políticos», empujados por aquellos que «tenían un pie en ambos campos», como el organizador de Ashton, Richard Pilling, que parece haber sido el primero en convocar una huelga por la Carta en Stalybridge el 29 de julio. «El ímpetu se originó en los sindicatos en una forma de organización de tipo sindicalista dirigida en primer lugar contra sus empleadores», explica Navickas, «pero luego dirigida más ampliamente a forzar al gobierno a conceder la Carta».

[<https://info.nodo50.org/local/cache-vignettes/L400xH227/1-1-2-6cb9d.jpg>] **North Bridge, Halifax, Illustrated London News, agosto de 1842.**

Sin embargo, referirse a los acontecimientos de 1842 como la «huelga general cartista», como hizo Eric Hobsbawm en *La era de la revolución, 1789-1848*, es ir demasiado lejos. Aunque muchos cartistas locales y destacados apoyaron la huelga, también hubo una proporción significativa que no lo hizo. Varios líderes cartistas se preocuparon especialmente cuando la represión estatal provocó conflictos entre los huelguistas y las autoridades, y en ciudades como Oldham Navickas escribe que algunos cartistas «se alistaron como agentes especiales... para reprimir la violencia».

En otras ocasiones, como escribe Jenkins, los historiadores han aprovechado una característica incidental de la huelga —la extracción de tapones de las calderas para detener los molinos— para apodarar la huelga como «The Great Plug Plot Riot» (El gran motín de los tapones). Malm describe la extracción de tapones como «el acto práctico en torno al cual se desarrolló el levantamiento»:

El tapón en cuestión se colocaba en la caldera de la máquina de vapor. Al marchar por los distritos manufactureros, los huelguistas arrancaban sistemáticamente los tapones o los empujaban dentro de las calderas, enviando el agua al suelo y el vapor al aire y deteniendo instantáneamente las revoluciones de las máquinas.

No obstante, Navickas insiste en denominar los acontecimientos de 1842 como una huelga general, en parte por la forma en que la geografía de la huelga se extendió a través de grupos itinerantes. Señala cómo:

la huelga se extendió mediante grandes masas de huelguistas que se desplazaban de una ciudad a otra en forma de piquetes volantes, que apagaban las fábricas y las minas por el camino. La huelga se organizó en nodos de ciudades especialmente combativos: Bury, cuyos delegados y piquetes se dirigieron hacia el norte, Stalybridge hacia el sureste, Todmorden al este de los Peninos y Stockport hacia el sur. Los nodos y las rutas reflejaban las redes de viajes y los patrones de industrialización dentro de las regiones.

Referirse a los acontecimientos de 1842 como «complots» o «disturbios» es arriesgarse a denigrar el movimiento de

los radicales de la clase obrera que organizaron y participaron en una huelga general a nivel nacional, y arriesgarse a socavar la gran importancia de sus logros.

La Gran Huelga de Halifax

Halifax es un caso local útil desde el que ver los acontecimientos de la Gran Huelga porque capta la doble dinámica en juego en agosto de ese año. Como escribe Catherine Howe (una de las autoras de este artículo) en su libro *Halifax 1842*, «ninguna ciudad de Yorkshire experimentó de forma tan dramática los sentimientos de sus habitantes como Halifax el 15 y 16 de agosto de 1842. Y ningún pueblo de Yorkshire experimentó de forma tan intensa la violencia del poder militar».

La huelga se extendió por el valle de Calder desde Lancashire. El 12 de agosto de 1842 comenzó la convención nacional cartista en Manchester; desde allí, los huelguistas se desplazaron a las ciudades del este de Yorkshire, antes de cruzar los Peninos desde Rochdale y converger en Todmorden, en la cabecera del valle de Calder. Paralizaron la ciudad al expulsar a los trabajadores de las fábricas.

Algunos de los que se opusieron a las huelgas en Calderdale lo hicieron porque creían que habían sido fomentadas por elementos externos a la localidad, pero aunque el movimiento de los huelguistas hacia Todmorden fue un elemento importante que contribuyó, las huelgas en Calderdale fueron dirigidas por los trabajadores y las comunidades locales.

En dos reuniones celebradas en Todmorden el 12 de agosto se aprobaron resoluciones en las que se pedía la vuelta a los salarios de 1840, la jornada laboral de diez horas y el rechazo a que las mujeres embarazadas trabajaran cerca de la maquinaria. Este último punto ilustra el importante papel de las mujeres en la Gran Huelga de 1842, un punto sobre el que Dorothy Thompson ha escrito ampliamente.

Thompson consideraba que los historiadores habían entendido con demasiada frecuencia «la multitud» como un fenómeno masculino y, por tanto, habían malinterpretado el papel de las mujeres en las formas tradicionales más antiguas de la política. Desde el uso de un lenguaje soez y abusivo hasta estar en primera línea enfrentándose a las tropas armadas y a los agentes especiales (y siendo atacadas por sus problemas), las mujeres desempeñaron un papel muy completo. El cartismo también creó un espacio para que las mujeres se politizaran en este periodo, tanto en el valle de Calder como en otros lugares. Como ha demostrado Matthew Roberts, Todmorden fue la sede de uno de los veintitrés grupos cartistas femeninos conocidos en 1843.

El 13 de agosto de 1842, más de 4000 huelguistas se reunieron en Todmorden antes de que muchos se desplazaran hacia el valle, cerrando todos los molinos de Mytholmroyd y Cragg. El primer grupo del valle llegó a Halifax esa tarde, y algunos acamparon con los huelguistas de Halifax en el cercano páramo de Skircoat.

Dos días después, el lunes 15 de agosto, una multitud de unos 2000 trabajadores se reunió en Halifax. Mientras el renombrado cartista local Ben Rushton se dirigía a los huelguistas en el centro de la ciudad, fue sacado de un carro por un agente especial, actuando en nombre de los magistrados locales que declararon la reunión ilegal. Los huelguistas se alejaron de la ciudad, marchando hacia el valle para hacer salir a los trabajadores de las fábricas de Luddendenfoot. En particular, en la fábrica de seda de Wrigley, en King Cross Lane, se les unieron mujeres y niñas, aunque los trabajadores varones se negaron a salir.

El grupo de Halifax se encontró con otra columna huelguista que bajaba por el valle desde Hebden Bridge, a las afueras de Mytholmroyd. Se dice que cuando los dos grupos se encontraron, se reunieron en un campo para beber «cerveza de melaza» y escuchar un discurso de Rushton, y luego se marcharon de nuevo hacia Halifax.

El Estado, mientras tanto, había estado preparando su respuesta. Se juramentaron entre 200 y 300 agentes especiales, y dos tropas de húsares se unieron a las compañías de infantería local con base en el Piece Hall, un salón de telas georgiano en torno al cual se organizó la defensa militar de Halifax contra los huelguistas. Cuando los huelguistas entraron en Halifax, fueron recibidos por las fuerzas del orden en el Puente Norte de la ciudad. En cuanto a lo que ocurrió a continuación, vale la pena citar en detalle el informe publicado en el periódico cartista Northern Star el 20 de agosto de 1842. Cuando los huelguistas se encontraron detenidos en el puente,

varias de las mujeres se acercaron y, agarrando las bridas de la caballería, exclamaron: «No haréis daño a una mujer, ¿verdad?». Una de las mujeres que subía al frente gritó a los magistrados y a los soldados: «No hemos venido a por las bayonetas, sino a por el pan». Se dice que una mujer fue apuñalada en el pecho por uno de los soldados con una bayoneta, aunque no de gravedad, pero en general los soldados no las molestaron

Al final, las autoridades se retiraron del puente y los huelguistas continuaron cruzando, haciendo salir a los trabajadores de otras fábricas y uniéndose a una columna de huelguistas de unos 5000 que había marchado desde Bradford. El número de personas involucradas era tal que, como escribió Chase, a los huelguistas de Bradford les debió parecer que «todo Halifax, o eso parecía, estaba esperando a que se les diera la mano». Esto demostró un impresionante nivel de coordinación y marcó una importante victoria.

El historiador James Dean ha sugerido que las pruebas documentales apuntan al hecho de que «la llegada del contingente de Bradford [a Halifax] estaba prevista» y que la «sincronización de las procesiones» hacia la ciudad sugiere una «planificación anticipada». En ese momento, el periódico local Halifax Guardian estimó que había unos sorprendentes 20 000 – 30 000 huelguistas en la ciudad. Los huelguistas pararon casi todas las fábricas, y de su alto nivel de organización el Halifax Guardian señaló que «se veía a un número de hombres, como si estuvieran sentados en comité, en lo alto de New Bank y que de vez en cuando enviaban palomas expresas que volaban en diferentes direcciones».

¿Por qué una acción tan coordinada en Halifax? Dean sugiere que puede deberse a la importancia estratégica de la ciudad. Escribe que «Halifax (...) era una de las principales cabezas de puente en el West Riding en ese momento. También era un centro clave donde la huelga estaba más claramente entrelazada con la Carta».

«Hay muchas pruebas», continúa Dean, «que sugieren que los cartistas de Bradford y Halifax planearon la caída de Halifax». Merece la pena subrayar este punto, dada la tendencia de los historiadores a reducir los niveles de organización que se dieron en 1842. En La era de la revolución, Hobsbawm escribe sobre la «combustión social espontánea», y se refiere a ese año como un «motín de hambre que se extendió espontáneamente». En contra de este punto de vista, Dean continúa:

Cuando los huelguistas descendieron a Halifax fue en un movimiento de pinza que parece haber sido premeditado. La esperanza puede haber sido que controlaran Halifax al final del lunes, y que los piquetes pudieran concentrarse en Bradford el martes y en Leeds el miércoles. Así las cosas, los enfrentamientos en Halifax minaron la energía de los huelguistas.

Represión estatal

El martes 16 de agosto, los huelguistas escucharon unos discursos que, según el Halifax Guardian, pretendían «disuadir a la reunión de todo acto de violencia», y luego, tras las oraciones, se marcharon. Tras haber marchado hasta Elland y haber sacado a más trabajadores de las fábricas, los huelguistas se dieron cuenta de que los detenidos el día anterior en el enfrentamiento de North Bridge pronto serían transportados fuera de Halifax hacia la

estación de tren de Elland.

Entre esos dos destinos se encontraba el camino de Salterhebble Hill. Después de haberse enfrentado a ataques con bayonetas y rifles el día anterior, los huelguistas estaban deseosos de mostrar su solidaridad con sus compañeros y liberarlos si era posible.

Poco después del mediodía, las tropas trasladaron a los prisioneros a la colina de Salterhebble a bordo de dos ómnibus. Al pie de la colina, los huelguistas, sorprendidos, intentaron bloquear su paso, pero no lo consiguieron. Los prisioneros arrestados el día anterior fueron subidos a trenes en Elland —uno de ellos iba a ser transportado a Australia— y sacados de Halifax.

Sin embargo, cuando los húsares que escoltaban a los prisioneros intentaron regresar por Salterhebble, fueron recibidos por miles de huelguistas que portaban piedras. Los manifestantes desalojaron a varios de los soldados de sus caballos, hiriéndolos pero ninguno de ellos de gravedad, antes de desaparecer en el campo circundante antes de que el resto de la fuerza militar tuviera tiempo de llegar desde Halifax. Se cree que al menos un manifestante recibió un disparo mortal durante el altercado. La respuesta de los militares, entonces y más tarde ese mismo día, fue claramente desproporcionada.

Las masas regresaron al páramo de Skircoat para planear su siguiente movimiento. Se decidió ir a Haley Hill, donde se encontraban varias fábricas propiedad de destacados industriales, entre ellos el liberal Jonathan Ackroyd. Hacia las 4 de la tarde, los huelguistas llegaron a Haley Hill. Los militares, sedientos de venganza tras la humillación sufrida esa mañana, se habían reagrupado en el hotel Northgate.

[<https://info.nodo50.org/local/cache-vignettes/L400xH251/2-1-3-37e48.jpg>] **El ataque a Salterhebble, Illustrated London News, agosto de 1842.**

Mientras los militares cruzaban el North Bridge, un manifestante fue bayoneteado y golpeado con la culata de un rifle. Entonces se dio la orden de que las tropas dispararan contra la multitud. Tras las salvas de disparos, los húsares cabalaron hacia la multitud portando sables y acuchillando indiscriminadamente. Un reportero de Halifax, de tendencia conservadora, señaló que «la gente parecía aterrorizada».

Henry Walton, de Skircoat Green, recibió un profundo corte de sable en la cabeza. Jonathon Booth, un albañil residente en la zona y que no participaba activamente en la huelga, recibió un disparo en el abdomen. Otro residente local no huelguista, Sutton Brigg, recibió un disparo en la ingle.

Tanto los huelguistas como los no huelguistas sintieron toda la fuerza del Estado y se dispersaron por su propia seguridad. Fue entonces, después de que los huelguistas se hubieran marchado, cuando se produjo uno de los acontecimientos más preocupantes del día. Un anciano, Samuel Crowther, caminaba por King Street, junto a Halifax Minster, en dirección a su casa, cuando se cruzó con un soldado.

Este soldado solitario observó al hombre antes de dispararle en un ataque no provocado del que fueron testigos dos periodistas de Leeds. Crowther viviría el resto de sus días con dolor, sufriendo implacablemente los efectos del disparo no provocado que recibió en el estómago en 1842.

Nunca sabremos con exactitud cuántos fueron heridos o muertos por las fuerzas del orden en Halifax el 16 de agosto de 1842, un día, escribe Chase, «cargado de simbolismo como el aniversario de Peterloo». Catherine Howe señala que «los acontecimientos de agosto de 1842 fueron manifestaciones con posibilidades revolucionarias». Se realizaron 37 detenciones y la violencia ejercida sobre los detenidos fue tal que Howe señala que «la comisaría de Halifax era tanto un hospital como una prisión».

Al final, los huelguistas de Halifax fueron derrotados por la fuerza superior de las autoridades, más que por la falta

de planificación de sus acciones «espontáneas». Con su derrota se fue el movimiento más amplio de West Riding. Como Benjamin Wilson, un joven de Halifax, escribió sobre los acontecimientos en la ciudad en sus memorias *Struggles of an Old Chartist*, «la lucha fue corta pero feroz».

Lecciones para el presente

Malm sostiene que «en términos de número de participantes, extensión geográfica, duración, puro fervor insurreccional y dinámica casi revolucionaria, la huelga general de 1842 fue la mayor revuelta de la clase obrera británica en el siglo XIX». Una de las razones es la forma en que los participantes en la Gran Huelga unieron las reivindicaciones económicas con las políticas.

Los trabajadores se declararon en huelga para conseguir mejores salarios y una jornada laboral más corta, pero también se declararon en huelga para conseguir la reforma política y la Carta. Esta unión de los ámbitos político y económico de la lucha fue innovadora, pero también una respuesta lógica al momento en que las comunidades de la clase obrera se enfrentaban a una pronunciada desventaja política y económica.

La Gran Huelga fue, fundamentalmente, una huelga en movimiento, centrada en las regiones y con una participación limitada de Londres. Fue difundida por los trabajadores de las comunidades, que se desplazaban entre los centros de trabajo y acudían a los piquetes de los compañeros. De este modo, la huelga se extendió fuera de lugares como Manchester y a regiones como Calder Valley y Halifax. Esta movilidad de la huelga requirió sofisticadas técnicas de organización y redes de comunicación panregionales, facilitadas por reuniones masivas, la emergente prensa radical e incluso el uso de palomas para transmitir mensajes entre localidades. El elevado nivel de organización y radicalidad que se demostró en la huelga es aún más impresionante si se considera en el contexto de la naturaleza emergente del movimiento obrero y los sindicatos de la época.

La respuesta del Estado fue brutal y decisiva, y se apoyó en los elementos reaccionarios de las ciudades a las que se extendió la huelga. En West Riding, por ejemplo, Dean sostiene que la región se militarizó rápidamente con la ayuda de los industriales y sus partidarios, que apoyaron a las autoridades civiles en su oposición a las huelgas. Esta fue la razón última de la derrota de los que participaron en la Gran Huelga de 1842. De hecho, como sostiene Neil Pye en *The Home Office and the Chartists*, los sucesos de 1842 marcaron un punto de inflexión tras el cual se produjo una reorganización total del enfoque del Ministerio del Interior respecto a las protestas.

En la actualidad, el Estado sigue perfeccionando su respuesta. Lo vemos en el escándalo de los «Spycops» (uno de los escritores de este artículo fue espiado durante muchos años); en el proyecto de ley sobre la Policía, el crimen, las sentencias y los tribunales; y en los renovados intentos de atacar a los sindicatos y endurecer aún más las ya restrictivas leyes sindicales de este país. En una atmósfera tan represiva, cuando volvemos a ver una recesión económica que inflige recortes salariales en términos reales a los trabajadores mientras los beneficios y los salarios de los ejecutivos continúan su trayectoria ascendente, nos encontramos una vez más en un momento oportuno para la unificación de las luchas políticas y económicas.

Las lecciones de 1842 son claras: la solidaridad y la organización del movimiento obrero tienen la capacidad de poner las reivindicaciones políticas y económicas en el centro de la conversación nacional, y pueden conseguir logros en nuestras comunidades. Pero sin encontrar formas de desafiar el aparato represivo del Estado, cualquier movimiento generalizado de la clase trabajadora de hoy se enfrentará a las mismas barreras que el de 1842.

Posdata:

Daniel Whittall es profesor y representante del National Education Union. / **Tony Shaw** es miembro de Unite Community. / **Mark Metcalf** escribe

Recordando la Gran Huelga de 1842

sobre fútbol, política e historia, y es miembro del NUJ. Su sitio web es markwrite.co.uk. / **Catherine Howe** es actriz, cantante e historiadora. Su libro Halifax 1842 fue el libro del mes de octubre de 2016 de Unite the Union.